

Foucault y el periodismo

Foucault and the press

Beatriz Marocco

Centro de Ciências da Comunicação de la Universidade do Vale do Rio dos Sinos

marocco@icaro.unisinos.br

Resumen

Ese artículo señala hacia la posibilidad de pensar y tratar los discursos periodísticos de otro modo. En este sentido, a partir de un *corpus* de alrededor de 200 fragmentos de textos producidos y publicados a finales del siglo XIX por la prensa brasileña, más concretamente por dos periódicos de Porto Alegre, explora y revisa herramientas conceptuales de M. Foucault. La perspectiva foucaultiana configura lo que nos parece ser el modo más adecuado de analizar ese tipo de discurso, tanto en su positividad periodística como en sus relaciones enunciativas con una red de discursos de la época, caracterizados por el combate a los individuos que contrariaban los proyectos reformistas de modernización de la ciudad y normalización de la sociedad.

Palabras clave: Documento; Archivo, Análisis de discursos

Abstract

This article points to the possibility of thinking and dealing the journalistic discourses in another way. In this way, based on a corpus of about 200 fragments produced and published in the end of century XIX by the Brazilian press, more concretely by two porto-alegrenses newspapers, explores and revises some conceptual instruments created by M. Foucault. The foucaultien perspective configures what we think is the most adequate way to analyze this type of discourses in its journalistic positivity as in its enunciative relations with a series of discourses of that time, which were characterized for combating the individuals that defied the city projects of modernization and the society normalization.

Keywords: Document, Archive, Discourse analysis

...una larga maniobra para imponer al concepto que se tenía de los delincuentes un enfoque bien determinado: presentarlos como muy cercanos, presentes por doquier y por doquier temibles. Es la función de la gacetilla que invade una parte de la prensa y que comienza por entonces a tener sus periódicos propios. La crónica de sucesos criminales, por su redundancia cotidiana, vuelve aceptable el conjunto de los controles judiciales y policíacos que reticulan la sociedad; refiere cada día una especie de batalla interior contra el enemigo sin rostro, y en esta guerra, constituye el boletín cotidiano de alarma o de victoria. La novela criminal que comienza a desarrollarse en los folletones y en la literatura barata asume un papel aparentemente inverso. Tiene sobre todo por función demostrar que el delincuente pertenece a un mundo totalmente distinto, sin relación con la existencia cotidiana y familiar.

Michel Foucault

M. Foucault se ocupó del periodismo en un breve pasaje de *Vigilar y castigar* (1986: 292). Nuestra intención al empezar este texto con sus palabras¹ es reconocer su importancia como «pistas de investigación»² que nos condujeron a pensar sobre la relación posible entre la prensa decimonónica y las ideas foucaultianas sobre la exclusión social, el poder y el discurso. El acercamiento de Foucault al campo del periodismo así imaginado escapa a lo que se puede considerar la «conciencia del autor» y suele provocar controversias en el seno del cientifismo vigente en la medida en que su caja de herramientas no está hecha para el periodismo (Foucault, 1999a: 47). Sin embargo, fue a través de estas palabras y de la exploración de los diferentes momentos de su obra a los que se refieren, que encontramos los aportes más afinados con nuestro deseo de mirar, pensar y tratar la mecánica del poder y los mecanismos propiamente periodísticos que subyacen a ciertos discursos producidos y divulgados por los periódicos de finales del siglo XIX (véase más abajo el comentario de N. Stevenson sobre el «sustancial punto ciego» que hay en las reflexiones de los teóricos de la comunicación por lo que concierne al empleo de las técnicas disciplinarias por la prensa popular).

En base a una perspectiva foucaultiana y con la mirada fija en un *corpus* de 200 fragmentos de discursos de dos minúsculos periódicos³ —la *Gazetinha* y la *Gazeta da Tarde*— de una pequeña ciudad del sur de Brasil —Porto Alegre—, es posible poner de manifiesto y describir la trama de un trabajo minucioso de objetivación periodística de lo cotidiano de una serie de individuos que contrariaban el orden social y la utopía de la ciudad moderna al vivir ya sea en la pobreza, ya sea en la delincuencia. Esta descripción, no obstante su vinculación directa con un episodio bien localizado y datado que duró aproximadamente una década, entre 1891 y 1900, excede el simple relato histórico de las prácticas de la prensa portoalegrense y de las tramas locales que incluye. Por el trabajo en red que conlleva, por las compatibilidades y coherencias que éste tiene respecto a un conjunto variopinto de discursos de la misma época, puede ser planteada, más bien, como una reflexión vinculada a la «historia universal de los mecanismos de poder»; historia aún no escrita, que debería referirse a la participación de la prensa en general y de la literatura en «el gran sistema de coacción que en Occidente ha obligado a lo cotidiano de los individuos a pasar al orden del discurso» (Foucault, 1990: 201; 1999c: 56 y 1994: 489). Este es el fondo histórico local y globalizado en el que la «caja de herramientas» foucaultiana que utilizamos permite inscribir nuestro trabajo de investigación y, en concreto, este artículo.

¹ Este texto está basado en el trabajo de investigación que realizamos bajo la forma de tesis doctoral «Prostitutas, jugadores, pobres y vagos en los discursos periodísticos. Porto Alegre-siglo XIX», Universidad Autónoma de Barcelona, 2002.

² A partir de lo que afirma el propio Foucault, creemos que no le desagradaría en absoluto nuestra idea de problematizar el periodismo decimonónico con su «caja de herramientas»: «...los considero libres de hacer de lo que digo lo que quieran. Lo mío son pistas de investigación, ideas de trabajo. En otras palabras, instrumentos. Hagan así de ellos lo que quieran» (1993: 11, citado por S. Emiliozzi y G. Flaster, 1998: 19).

³ F. Rüdiger calcula que a finales del siglo XIX, la tirada media por edición de los diarios portoalegrenses era de cerca de 2.000 ejemplares (F. Rüdiger, 1993: 27). Los lectores se restringían, según escribe C. Medina, a las mismas personas que frecuentaban las conferencias y los saraos literarios. La lectura estaba limitada por las tasas de analfabetismo y por la pobreza (C. Medina, 1978: 61; F. Rüdiger, 1993: 26).

Prensa y peligrosidad

Pocos han sido los instrumentos conceptuales elaborados hasta este momento para abordar los discursos y el quehacer periodístico de un tipo de prensa que no se confunde con un género periodístico —no es ni periodismo político-partidista, ni prensa literaria, ni prensa obrera, ni tan siquiera el esbozo de un nuevo género. Las nociones que suelen utilizarse para estudiar las acciones de los medios respecto a la objetivación de los acontecimientos y de la cotidianidad de los individuos no son herramientas propias para indagar en estos discursos, están distantes de lo que en realidad hacían los periódicos decimonónicos. Las nociones de «objetividad periodística», sensacionalismo y ética, entre otras muchas que evocan la razón, la objetividad y la verdad vigentes hoy en día, no se ajustan a las características de esos discursos y pueden ser sumariamente desechables en aquellas condiciones históricas de producción. No pueden dar cuenta de un tipo de discurso producido por una institución de exigencias económicas inmediatas y ligado a una serie de urgencias políticas de regulación social dictadas por una cultura burguesa profundamente artificial, «profundamente identificada con la vida francesa». Esta cultura, como sintetiza N. Sevcenko, se caracterizaba por un «cosmopolitismo agresivo» que, además de despreciar todos aquellos de la «cultura popular» que contrariasen una imagen «civilizada» de la sociedad dominante, pretendía realizar su utopía expulsando los «grupos populares» de las zonas más nobles de la ciudad reservándolas para el «disfrute exclusivo de las capas aburguesadas».

“...a condenação dos hábitos e costumes ligados pela memória à sociedade tradicional; a negação de todo e qualquer elemento da cultura popular que pudesse macular a imagem civilizada da sociedade dominante; uma política rigorosa de expulsão dos grupos populares da área central da cidade, que será praticamente isolada para o desfrute exclusivo das camadas aburguesadas; e um cosmopolitismo agressivo, profundamente identificado com a vida parisiense”(N. Sevcenko, 1983: 30).

Este tipo de prensa implicaba una discontinuidad radical si tenemos en cuenta el discurso periodístico que le antecede y sucede, al volverse hacia la presencia incómoda de pobres y delincuentes —las anomalías que presentan, su vida irregular o sus caracteres físicos—, y la necesidad de castigar tanto el daño material que provocan como el inmaterial que pueden provocar, así como la tentativa de delito, el delito frustrado, e incluso en algunos casos los mismos actos preparatorios. Como ya vimos, son pocas las referencias teóricas que dan sostén a estos periódicos. Las pistas de su formación, de hecho, se hallan fuera del periodismo, en otros lugares, encontrándose principalmente en la criminología. En efecto, la criminología esboza por aquel entonces el gran concepto de «peligrosidad» con el que los periódicos van a designar a pobres y delincuentes. Este concepto sostiene tanto el proceso de elección del acontecimiento periodístico como la estructura de las figuras periodísticas y la retórica de normalización social que éstas posibilitan.

Una «región privilegiada»

Este tipo de prensa ocupa una «región privilegiada», cuya existencia está marcada por lo que los periodistas de hoy en día no pueden ya decir, por lo que cae fuera de su práctica discursiva (Foucault, 1999a: 222). En esta región, situada en un cierre espacio-temporal bien determinado —el periódico, en las postrimerías del siglo XIX—, se habló como nunca de un conjunto de individuos que eran susceptibles de normalización y se filtró un tipo de acontecimiento que explora su cotidianidad

peligrosa, transformándolos en protagonistas por el hecho de desafiar los referentes de orden y progreso.

El estudio de los discursos, desde una óptica foucaultiana, empieza en esta «región privilegiada» del pasado, cuyas características pueden ser relacionadas con un breve momento de la historia del periodismo; durante aproximadamente diez años, diversos periódicos brasileños desarrollaron un modo de presentar a unos determinados individuos como amenazadores, terribles y temibles, y ello no sólo por los actos de violencia en los que estaban involucrados como ladrones o criminales. Mientras los ladrones y criminales eran incluidos en la representación periodística por sus actos irracionales/ilegales, los otros, que todavía no eran ni ladrones, ni criminales, adquirirían el protagonismo periodístico porque suponían un peligro virtual; se trataba de individuos que podían volverse criminales como resultado de una simple relación de causalidad desencadenada por su herencia genética o por las condiciones de pobreza, insalubridad, inmoralidad y desorden en las que vivían.

La mirada periodística va a enfocar y confundir a un conjunto de individuos como unas «clases peligrosas⁴», enemigos comunes de la nueva ética del trabajo, de la utopía de los urbanistas y de los médicos, considerando que viven en la ociosidad, prefieren la juerga en las tabernas a la fábrica, o, lo que es lo mismo, tienen «profesiones deshonestas», y comparten los *cortiços* (habitaciones colectivas irregulares) que deben ser eliminados del centro de la ciudad por ser feos, foco de enfermedades, inmorales y un obstáculo para la construcción de las grandes obras de embellecimiento de la ciudad. Los periódicos mezclan a los individuos y sus problemas comunes y articulan su solución recurriendo a los proyectos de modernización de la ciudad y a la medicalización de la sociedad brasileña concluyendo, por ejemplo, como lo hizo la *Gazeta da Tarde*, que en la ciudad «deben vivir solamente los que pueden someterse a las reglas y preceptos de la higiene»:

Na cidade propriamente dita, só devem residir os que podem sujeitar-se às regras e preceitos da higiene. Ora, num porão ou cortiço, não pode haver asseio e, conseqüentemente, a higiene desaparece (*Gazeta da Tarde*, 17 de enero, 1898).

Estos textos reducen a los citados individuos exactamente a lo que de ellos se dice; nada se puede saber acerca de lo que fueron, de lo que hicieron, de lo que hacen, de lo que sienten que no sea lo prohibido que conllevan estas frases. Desde luego, los periódicos transforman a estos individuos en pura existencia verbal, en seres casi ficticios, frágiles, prisioneros de un lenguaje grandilocuente que revela sus presuntos vicios, sus hábitos considerados más obscenos, los lugares más insalubres en los que están presentes. De hecho, los transforman en sujetos, en seres-lenguaje sin habla, y les atribuyen marcas corporales o alguna evidencia física o trazo de carácter compartido con el grupo, sirviéndose siempre de una comparación despreciativa. En definitiva, los separan del resto de la población para describir lo más lamentable de su apariencia y de su carácter.

Las prostitutas, por ejemplo, llevan la «flor del vicio en la cara» (*O Independente*, 10 de julio, 1913, citado por S. Pesavento, 1998: 138). Los negros y mulatos son generalmente «el *crioulo* tal» o «la *crioula* fulana» (S. Pesavento, 1998: 126). Los niños son «los hijos del mal y del lodo» (*O*

⁴ Sobre este recorte sociocognitivo y político de los periódicos puede verse el proyecto de «represión de la ociosidad» y las «ocupaciones deshonestas» —el Proyecto 33 A-1888— que parece ser el acontecimiento que orientó y desencadenó una infinidad de discursos periodísticos durante toda la última década del siglo XIX, así como los estudios sobre pobreza y delincuencia de L. Chevalier (1978); S. Chalhoub (1986); R. Machado (1978); W. Fraga Filho (1996), entre muchos otros.

Independente, 12 de octubre, 1905, 16 y 30 de enero, 1908, citados por S. Pesavento, 1998: 123). Los vagos son «los tipos sin orgullo» (*Gazeta da Tarde*, 4 de marzo, 1899). Los jugadores son tanto los «pobres diablos» como el «gusano del carácter» (*O Século*, 13 de marzo, 1887; *O Independente*, 13 de febrero, 1918, citado por S. Pesavento, 1998: 127-128). En su conjunto, son unos «vagabundos malhechores» y «es necesario corregirlos severamente» (*Gazeta da Tarde*, 27 de julio, 1897).

Otras veces los textos ponen de relieve los actos que éstos practican y sus figuras deleznable que no están circunscritas al área y a los lugares delimitados por los trayectos domicilio-trabajo, tampoco lo están al perímetro del círculo familiar, y en menor medida responden a la disciplina de la fábrica y de la escuela. Los vagos son sorprendidos «ahogados en alcohol» en las tabernas, los jóvenes mientras malgastan el tiempo jugando o en la juerga callejera, los mendigos pidiendo limosna en las calles más frecuentadas y bellas de la ciudad. La menor extravagancia se convierte en algo abominable, como lo fue, por ejemplo, el «baile de prostíbulo», en la sede de la Sociedade Floresta Aurora. Allí se reunieron, según indica la *Gazetinha* del 8 de noviembre de 1897, «las meretrices de las callejuelas más oscuras de esta ciudad acompañadas de los vagabundos más bajos» que transformaron el edificio en un «verdadero *alcouce* (prostíbulo)». Las familias que pasaban frente al local terminada la función de teatro y los moradores de las cercanías podían imaginar lo que de inmoral e indigno ocurría en su interior, por los términos ofensivos a la moral que se alcanzaban a escuchar en la calle o en las casas próximas:

Ainda no sábado aquele salão foi ocupado por meretrizes dos becos mais escuros desta cidade, acompanhadas de uma vagabundagem reles, não fazendo outra coisa mais do que transformar o prédio em verdadeiro *alcouce*. O que ali se passava de imoral e indigno ia repercutir na rua e nas casas próximas, nos palavrões mais ofensivos à moral. Até as famílias, quando saíam do teatro, foram insultadas ao passar pelo prédio em questão (*Gazetinha*, 8 de noviembre, 1897).

El desplazamiento metodológico

El respeto a las condiciones de existencia de estos discursos supone un desplazamiento hacia el nivel de su producción y una actitud cognoscitiva de respecto al documento periodístico, a su doble carácter, que es a la vez institucional y discursivo, y que sustrayéndose de la necesidad de acompañar la evolución de los periódicos durante largos periodos de tiempo, para validarlo como fuente documental fiable, considera el registro periodístico como un «monumento» histórico único, importante en sí mismo. El análisis de los discursos, en estos términos, está vinculado a la revisión del valor del documento histórico, a su exploración arqueológica y, por otra parte, sigue la dinámica de las relaciones enunciativas, propia de la genealogía, aproximando una heterogeneidad de discursos, los mismos que participaron de su formación y que pueden ser reconstituidos gracias a la acción del analista, en el presente, en el interior del «archivo». Estos dos elementos —el documento y el «archivo»— son los dos pilares de un modo de analizar los discursos que intenta elucidarlos en sus condiciones únicas de existencia histórica, independientemente de categorías *a priori*, y que se inspira en el método doble de la arqueología y la genealogía propuesto por Foucault en *El orden del discurso* y desarrollado en su extensa obra.

Los «monumentos» del pasado

Por lo que hace al saber, ese nivel que se sitúa entre la opinión y el conocimiento científico, el discurso periodístico adquiere el estatus de documento⁵. No se lo menosprecia por su condición de anticanon que nace en el exterior de lo que Foucault denomina la Gran Biblioteca de los libros. Esta misma precariedad formal que caracteriza a los documentos, y que los aproxima a su proceso de producción, a las reglas periodísticas y estrategias de poder que intervienen en su elaboración, es la que sostiene el propio método. Sin esta referencia anterior al sistema de producción que rige su conformación, los documentos no pueden ser traducidos a un lenguaje distinto que los explique o los interprete, el lenguaje de la historia, o, en palabras de Foucault, no devienen «monumentos que se contemplan por ellos mismos» (1999a: 10-11). A este respecto él mismo escribe:

Digamos, para abreviar, que la historia, en su forma tradicional, se dedicaba a «memorizar» los *monumentos* del pasado, a transformarlos en *documentos* y a hacer hablar esos rastros que, por sí mismos, no son verbales a menudo, o bien dicen en silencio algo distinto de lo que en realidad dicen. En nuestros días, la historia es lo que transforma los *documentos* en *monumentos*, y que, allí donde se trataba de reconocer por su vaciado lo que había sido, despliega una masa de elementos que hay que aislar, agrupar, hacer pertinentes, disponer en relaciones, constituir en conjuntos (1999a: 10-11).

En su sentido foucaultiano, el documento es una pieza rara, la clave para el estudio del trabajo periodístico. No está reconocido por los manuales de periodismo, ni por los estudios de la prensa ni por la historiografía de la comunicación. Puede ser localizado entre la gran masa de documentos periodísticos de las postrimerías del siglo XIX por su arquitectura intrínseca, por el estilo peculiar del periodismo y por su articulación con una red de múltiples discursos sociales. En su interior, un reducido conjunto de acontecimientos que pasan en la realidad fueron ajustados a los conceptos y a las reglas periodísticas presentando los contenidos concretos que se relacionan, por un lado, con la normalización de la sociedad y, por otro, con los individuos y las cosas que la contrariaban, que los periódicos reprodujeron monádicamente. No obstante su carácter institucional, o en conformidad con él y con el tipo de verdad plebeya que está «en la verdad» del periodismo decimonónico, el documento se impone como el reflejo más claro y menos interpretado del saber que fue producido y divulgado en los periódicos de entonces (Foucault, 1999b: 36).

Las dos capas de sentido

El registro periodístico —esto es, el documento o la nota periodística— materializa las prácticas periodísticas en dos capas de sentido y una forma periodística propia. La primera es su capa más superficial y expresa la observación del periodista y sus opiniones. La segunda capa está constituida por una polifonía de voces, normalmente inmateriales, y puede ser asociada a su característica de profundidad, que comparte con los múltiples discursos sociales que pretenden la normalización y el control social. Ambas capas fueron localizadas en el documento en *Las palabras y las cosas*, pero la

⁵ En *La Arqueología del Saber*, Foucault propone revisar el valor del documento diciendo al respecto: «El documento no es, pues, ya para la historia esa materia inerte a través de la cual trata ésta de reconstruir lo que los hombres han hecho o dicho, lo que ha pasado y de lo cual sólo resta el surco: trata de definir en el propio tejido documental unidades, conjuntos, series, relaciones» (1999a: 9-10).

arqueología del saber va a dedicarse sólo al estudio de la segunda, en la medida en que en la primera se sitúan, según comenta R. Machado, las otras historias (R. Machado, 1995: 26).

El documento periodístico, sin embargo, diferenciándose de lo que Foucault ha observado en otros saberes, no destina su primera capa tan solo a la opinión del periodista; muchos de los elementos que encontramos en la superficialidad material son importantes para el estudio del periodismo finisecular. Tanto es así que W. Benjamin va a dedicarse a ella como si también en la superficie hubiese un aspecto de profundidad que revela una forma periodística de presentar el «mundo experiencial» a través del fragmento y de un principio formal: el montaje, es decir, la yuxtaposición de esos fragmentos en un nuevo espacio. Mientras el efecto de la tecnología sobre el trabajo y sobre el ocio había sido el de dividir la experiencia en fragmentos, dice Benjamin, el estilo periodístico reflejaba esta fragmentación en las «transitorias imágenes materiales» de la historia misma que producía, montaba e irradiaba en un puro montaje (W. Benjamin, citado por S. Buck-Morss, 1995: 40-41).

En esta primera capa, las figuras que el periodista engendra con sus palabras no son un mero efecto de sus opiniones, aunque aparentemente él esté tan identificado con aquellas tramas que se podría considerar su portavoz. A través del documento, el periódico expone, efectivamente, el trabajo del periodista, sus opiniones e ideas, pero la baja normatividad que supone el ejercicio del periodismo escapa a su control aproximando diarios tan diferentes desde el punto de vista editorial como la *Gazeta da Tarde* y la *Gazetinha*⁶, y acercándolos a ambos igualmente a la prensa francesa observada por Foucault. Uno y otro siguen algunas reglas y unas técnicas de diagramar en el espacio de la página que confieren una cierta homogeneidad tanto a la estructura de las notas como a su presentación, generalmente en un montaje de pequeñas notas diversas que ocupan dos o tres columnas de las seis en que se divide la portada de los periódicos.

⁶ Aunque los historiadores del periodismo afirmen que la *Gazeta da Tarde* nació en abril de 1895, hemos encontrado en el Museo Hipólito da Costa, de Porto Alegre, la edición del 27 de marzo de 1891, en la que presenta su línea editorial. Ésta defiende el apoyo transparente al gobierno y al orden que representa. La república, dice el periodista, «simboliza la resistencia al desorden», mientras la neutralidad «es una hipocresía y un crimen sin ningún interés». La *Gazetinha*, por su parte, fue fundada el 3 de mayo de 1891 y su desaparición en marzo de 1900 estuvo marcada por una «monstruosa agresión» contra su propietario, Otaviano de Oliveira, probablemente en represalia a las críticas que hacía contra el jefe del Partido Republicano, Júlio de Castilhos, al que solía llamar el «Tiranete», o contra sus correligionarios, a quienes tildaba de *capachos* (felpudos) *palacianos*. Escribe A.D. Ferreira que «.....algunos tipos disfrazados aprovechándose de la oscuridad de la noche y asimismo de la falta de control policial en la ciudad, le enfrentaron fríamente al famoso angico, le rompieron el cuello y redujeron en definitiva el orgullo del León de la Prensa» (1962: 143). La *Gazetinha* que se proclama como el «órgano de los humildes» (21 de abril, 1897), es clasificada por Ferreira, en una primera etapa, como un «semanario de calidad» y, en una segunda, como un «periódico casi satírico» (1962: 139). No obstante, el análisis de los discursos muestra mucho más que estas genéricas clasificaciones: de hecho, durante el periodo comprendido entre esos cambios editoriales, 1891-1897, a los que hace mención Ferreira, el periódico se caracteriza por señalar, diariamente, la «peligrosidad» que conllevan los pobres en general y el derecho de los vecinos bienestantes al sosiego y a la seguridad, en discursos que defienden la intervención policial y los proyectos reformistas de control social del mismo gobierno que criticaba. En octubre de 1897, por ejemplo, el periódico denuncia la existencia de muchos niños y soldados que se reúnen frecuentemente en las cercanías de la Rua Clara, perturbando el bienestar de los vecinos. En nombre de éstos, el periodista reivindica un «castigo no sólo para aquellos pequeños viciosos que pasan el día entero jugando a la taba y no tienen otra ocupación más que el vicio» (*Gazetinha*, 3 de octubre, 1897).

La figura del archivo

El modo como Foucault indaga en la historia, en el manejo erudito de los materiales es, desde luego, una de las bases y al mismo tiempo el nudo gordiano de su metodología y ello en la medida en que se ajusta a su talla intelectual y a las necesidades de sus propios estudios. Sin embargo, hay una figura, esbozada en *La arqueología del saber*, en la que se pueden entrever las señales más concretas de su modo de pensar y tratar los materiales históricos: el archivo. Mediante ésta, Foucault esboza los principios de intervención en el pasado, de elección de los documentos y el funcionamiento de los mismos en las relaciones enunciativas que son objetivadas por el analista en el presente. La cuestión entonces es si interrogar a la historia en esos términos, en los términos del archivo foucaultiano, se ajusta a un acercamiento efectivo a los ciclos históricos de corta duración del periodismo.

El principal aspecto a tener en cuenta es que Foucault ha utilizado y fabricado su «caja de herramientas» para escribir las grandes historias de la locura, de la normalización o de la sexualidad. No obstante, y por lo que dice en *La arqueología del saber*, hay que considerar el archivo como un sistema, o mejor, como «sistemas de enunciados» y como una mecánica, sobre la que enseguida Foucault añadiría, que «hace que tantas cosas dichas, por tantos hombres desde hace tantos milenios, no hayan surgido según las leyes del pensamiento, o por el solo juego de las circunstancias» (1999a: 219).

Si consideramos la cuestión de esta manera, más allá de su simple extensión, lo que parece ser determinante en su concepción del archivo es su formación heterogénea y el «modo de actualidad» del pasado que su funcionamiento proporciona. En el estudio que Foucault realizó sobre la cotidianidad de los «hombres infames», por ejemplo, los textos escogidos implican una «selección mezquina, reducida y un poco monótona», que, no por eso, «deja de ser importante en la historia de los mecanismos de poder». Con ello, nos parece que la extensión del archivo puede ser matizada e, incluso, si volvemos al ejemplo anteriormente citado, referirse a un «primer volumen» de estudios que precisa ser ampliado a otros tiempos y lugares (1990: 186). Hay todavía otros puntos en común entre el archivo periodístico y el concepto foucaultiano: 1. En relación a los documentos seleccionados: éstos no tienen el peso de la tradición, es decir, son el efecto de las prácticas discursivas de los saberes o de las instituciones, se refieren a ellas o mantienen con ellas relaciones de pertenencia en la realidad o relaciones enunciativas en el interior del archivo; 2. En relación a qué describir del pasado, la arqueología aclara: «Es evidente, dice Foucault, que no puede describirse exhaustivamente el archivo de una sociedad, de una cultura o de una civilización; ni aun sin duda el archivo de toda una época. Por otra parte, no nos es posible describir nuestro propio archivo, ya que es en el interior de sus reglas donde hablamos» (1999a: 221).

El archivo implica, entonces, una «región privilegiada» cuyo «umbral de existencia» está marcado por el corte que nos separa del pasado. La región que estudiamos se ajusta a estas características: designa un modo de objetivar a los individuos que marca una ruptura respecto a las prácticas periodísticas, que no fue explorado por el llamado conocimiento científico y que asimismo está prohibido por las prácticas periodísticas «objetivas» que le sucedieron.

El campo de los enunciados

Mucho de lo que fue dicho sobre los pobres y los delincuentes en la prensa de entonces puede ser considerado como una especie de segunda piel de los textos periodísticos —algo que les pertenece, pero que al mismo tiempo les es extraño, o lo que es lo mismo, algo transparente y profundamente opaco en la materialidad misma de los discursos. Sin embargo, en su conjunto, ambos suponen un campo de fuerzas magnético, un «campo de ejercicio de la función enunciativa», que aproxima en el archivo lo que aparentemente estaba separado en el pasado (Foucault, 1999a: 179).

Este campo, que siempre ha existido en la sombra de los relatos periodísticos, está formado y limitado simultáneamente por el conjunto de palabras, frases y textos del pasado y por el volumen complejo de los temas, ideas, conceptos y conocimientos que le dieron cierto sostén en aquel momento. Las nuevas relaciones que éste posibilita al analista, cuyo papel no es más que rescatarlo de la inercia en que se encuentra y activarlo, exceden lo que está escrito en las notas periodísticas aunque éstas sean el resultado concreto de lo que aquéllas han tejido en torno al acontecimiento y que fueron de cierta manera proyectadas por el periodista en las pistas todavía legibles del texto.

El descubrimiento de esta segunda piel depende de lo que consideramos un elemento de conexión bosquejado por Foucault —el enunciado. Mientras el nivel gramatical, con la organización formal que resulta, no necesita más que elementos y reglas para combinar unidades en frases, el nivel enunciativo, en su sentido foucaultiano, se apoya en una función —la función enunciativa— para formar «unidades abstractas y problemáticas» en la extensión de una curva, imaginada por Deleuze, «que une puntos singulares, que efectúa o actualiza relaciones de fuerza» (Deleuze, 1987: 108; Foucault, 1999a: 131).

Sin embargo, en lugar de recoger esas familiaridades gramaticales casi perceptivas entre las palabras y las cosas, el enunciado pone las cosas dichas en relación. «El enunciado, dice Foucault, es pues, inútil buscarlo del lado de los agrupamientos unitarios de signos. Ni sintagma, ni regla de construcción, ni forma canónica de sucesión y de permutación, el enunciado es lo que hace existir a tales conjuntos de signos, y permite a esas reglas o a esas formas actualizarse» (1999a: 146).

Foucault y Bakhtin se han aproximado por diferentes caminos a este poder ininterrumpido de objetivación y circulación de los enunciados que aproxima las cosas dichas en las condiciones de dispersión en que fueron relatadas y en las diferentes series en que fueron organizadas como si fueran «eslabones de una cadena» (Foucault, 1999a: 204; Bakhtin, 1992: 375). Foucault sostiene que se trata de una función del lenguaje propia del enunciado y que su dinámica rige la aparición de «acontecimientos singulares» independientemente de su enunciación (1999a: 219, 209). Para Bakhtin, un enunciado supone siempre otros enunciados que le precedieron y le sucederán en una relación que es «imposible definir en términos de categorías mecánicas o lingüísticas» (1992: 375).

A este respecto, Deleuze reconoce la complejidad del enunciado en su sentido foucaultiano al punto de compararlo al sueño. Los enunciados de Foucault, dice, son como sueños: cada uno tiene su objeto propio o se rodea de un mundo (1987: 34). Se trata de seguirlos, escribe Foucault, recogiendo «los temas anejos del sueño, del olvido, del origen perdido», y de buscar «qué modo de existencia puede caracterizar a los enunciados independientemente de su enunciación, en el espesor del tiempo, en que subsisten y están conservados» (1999a: 209). En otro momento de *Foucault*, Deleuze los define como «una multiplicidad, que atraviesa los niveles, que cruza un dominio de estructuras antes que aparezcan en formas concretas» (1987: 41).

Los enunciados son descritos por Foucault con una serie de negaciones. No son como el aire que respiramos. No son transparentes, son raros. No están escondidos, lo que no significa que sean visibles. No están habitados por la presencia secreta de lo no dicho, de las significaciones ocultas. No son lo mismo que lo «reprimido». No se ofrecen a la percepción; es preciso cierto cambio en la mirada y en la actitud para poder reconocerlos y considerarlos en sí mismos (1999a: 203).

Profundizando un poco más en la cuestión, hay que señalar que Foucault no ha encajonado el enunciado y sus reglas de aparición, en una noción, como la traducción precaria y pletórica a la vez de un elemento conceptual que lo trasciende; lo ha situado como una «función enunciativa», quizás en la misma clave de Bakhtin, «ligado no sólo con situaciones que lo provocan y con consecuencias que él mismo incita, sino a la vez, y según una modalidad totalmente distinta, con enunciados que lo preceden y que lo siguen», en las diferentes series donde funciona, encabalgándose y excluyendo otras posibilidades enunciativas (1999a: 46).

Tal dinámica conecta simultáneamente la existencia de un enunciado a un discurso y a una red de diferentes discursos emitidos en una época que nos permiten identificarlo inmediatamente como elemento de un sistema con cierto grado de organización, independientemente de quién lo dijo o cuándo (Foucault, 1998: 138). Foucault, ha dado un ejemplo de esta relación de pertenencia entre un tipo de discurso histórico y el enunciado:

Prenons un exemple très simple. Jusqu'à la fin du XVIII siècle en France, entre un discours de charlatan et un discours de médecin, il n'y avait pas tellement de différences. Les différences étaient plutôt dans le succès ou l'insuccès, dans les études faites ou pas faites par le sujet; la nature des choses qu'ils disaient n'était pas tellement différente: le type de discours était, à peu de chose près, le même. Il est venu un moment où le discours médical s'est organisé selon un certain nombre de normes et de règles telles que l'on peut immédiatement savoir non pas si le médecin est bon ou pas bon, mais s'il est un médecin ou un charlatan (1994: 584).

Conclusiones

Aunque se refieran directamente a un tipo de prensa francesa, las palabras de Foucault en *Vigilar y castigar* designan de hecho una región periodística y un espacio —el periódico decimonónico— que se dedican a producir y transmitir sobre un conjunto de hombres y mujeres una infinidad de discursos que los reducen a los conceptos que se tenía sobre su «peligrosidad». Esta región puede ser localizada en un corto lapso de tiempo, alrededor de diez años, que separa radicalmente lo que se podía decir en los periódicos de aquel entonces y lo que hoy no puede decirse ya en los medios de comunicación bajo el control de otras reglas y de la «objetividad» periodística.

En esta región periodística una infinidad de pequeñas notas convierten en acontecimientos periodísticos los desordenes públicos, los abusos de vino y sexo, la insalubridad de las viviendas y los cuerpos peligrosos de algunos individuos que viven en la delincuencia y en la pobreza. Estos registros nos señalan, desde el inicio, que los procesos de formación del saber periodístico desbordan la historia aséptica, que vincula el nacimiento y el desarrollo de la prensa a los fenómenos históricos macroestructurales. Estos discursos son, asimismo, un lado oscuro del periodismo, que pone al descubierto la virulencia de un gran sistema de coacción de los cuerpos al que se han articulado

los periódicos decimonónicos y que ha obligado a que todo aquello cotidiano que es considerado peligroso pase al orden del discurso.

En sincronía con la literatura de observación social practicada por V. Hugo (*Los miserables*), F. Dostoiewski (*El jugador*) o C. Baudelaire (*Las flores del mal*), entre otros grandes novelistas, estos periódicos hacen visible lo cotidiano inmoral y peligroso de figuras históricas ligadas al juego, la prostitución, el vagabundeo y los peligros de la noche. Los relatos que producen son la prueba más evidente de la articulación del periodismo con una red de instituciones mundializadas, con los más diversos discursos científicos y filosóficos y las batallas locales por el orden que suponen. No se trata, por lo tanto, de un simple archivo del pasado para el registro objetivo de muertes o nacimientos, de los actos de la administración pública o de las disputas entre políticos, no se trata tampoco del lugar dónde se producían los relatos sobre la realidad o sobre las figuras de la prostituta, el jugador, el vago, etcétera, a partir de una lectura periodística, de recogida de testimonios y de distanciamiento objetivo que revela el yo de los múltiples sujetos que el periodista iba recogiendo.

Esta suerte de «escritura institucionalizada», reconocida en varios momentos por Foucault bajo la forma de literatura⁷, y que se puede extender al periodismo, demuestra cotidianamente en los periódicos decimonónicos, con base en el concepto que se tenía sobre la delincuencia, y que el periodista reclama para sí, que el peligro reside, más allá de los criminales, en los cuerpos de los individuos que están a un paso de los criminales. Se puede decir que se trata de una región propia del discurso periodístico, en concreto de los periódicos portoalegenses, en la que se desarrolla una batalla sin tregua contra la presencia pecaminosa, dañina y ruidosa en las calles de la ciudad de prostitutas, los vagos y de los niños, entre otros individuos.

Sin embargo, hay un gran vacío en los estudios de la comunicación sobre estos discursos así como sobre su complicidad con otros saberes y con el poder, reconocido por N. Stevenson (1998: 220), que encuentra la atención que se merece en los estudios foucaultianos. Aunque, según aquél, Foucault se refiera «poco al desarrollo histórico de los sistemas de comunicación», sus estudios sobre la producción discursiva de la delincuencia y la particular forma de producción del conocimiento que caracteriza a las instituciones modernas podrían resultar importantes, y servir de base para el análisis de la utilización de las tecnologías de la comunicación para configurar, a través de los mecanismos disciplinarios, los cuerpos de los menos poderosos.

Desde este «punto ciego», en palabras de Stevenson (1998: 217), la aportación a la comunicología —y, por supuesto, a un análisis de los discursos como el que planteamos teniendo en cuenta la relación que esbozamos al inicio de este artículo— está basada en un desplazamiento que, yendo de la ciencia al saber, hace de este el objeto de estudio y el nivel específico de análisis. Con ello, y el aporte de dos conceptos fundamentales —el documento y el archivo—, se pretende desenclavar la indagación sobre las prácticas periodísticas de la inmediatez que las vincula y reduce a relatos

⁷ Localizamos dos comentarios de Foucault sobre el tema. En la conferencia que impartió en la Universidad de Tokio, en octubre de 1970, afirmó: «Je crois que, jusqu'au XIX siècle en Europe, la littérature était encore une forme de discours profondément institutionnalisée. Écrire une pièce de théâtre, c'était essentiellement vouloir plaire à un groupe de gens bien définis; écrire un livre, un roman, c'était vouloir plaire à une catégorie d'individus, ou c'était vouloir édifier, ou c'était vouloir donner une leçon de morale» (1994: 489). En la entrevista que le hizo S. Hasumi, en 1972, y que fue publicada en la revista *Umi*, Foucault volvió al tema: «Y a medida que pasa el tiempo me interesa menos la escritura institucionalizada bajo la forma de literatura. Sin embargo todo aquello que puede salirse de este marco, el discurso anónimo, el discurso de todos los días... » (1999c: 56).

inquietantes pero superficiales, producidas en solitario, devolviéndolas a la «región privilegiada» de la historia a que pertenecen. Así se podría describir, en toda su complejidad, el modo peculiar de un trabajo periodístico vinculado estrechamente con el poder y un conjunto de instituciones que incluyen a ciertos individuos y acontecimientos en la representación periodística para mejor combatirlos o, dicho de otro modo, que ilumina un cotidiano peligroso y los individuos virtualmente peligrosos para orientar y justificar los mecanismos de control social.

Referencias bibliográficas

- ÁLVAREZ-URÍA, F. *Miserables y locos: medicina mental y orden social en la España del siglo XIX*. Barcelona: Tusquets Editores, 1983.
- BAKHTIN, M. *Estética da criação verbal*. São Paulo: Martins Fontes, 1992.
- BUCK-MORSS, S. *Dialéctica de la mirada*. Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes. Madrid: La balsa de la Medusa, 1995.
- CHALHOUB, S. *Trabalho, lar e botequim. O cotidiano dos trabalhadores no Rio de Janeiro da belle époque*. São Paulo: Editora Brasiliense, 1986.
- CHEVALIER, L. *Classes labourieuses y classes dangereuses*. Paris: L.G.F., 1978.
- DELEUZE, G. *Foucault*. Barcelona: Paidós, 1987.
- EMILIOZZI, S; FLASTER, G. *Introducción al concepto de poder en Michel Foucault*. Buenos Aires: Eudeba, 1998.
- FOUCAULT, M. *La arqueología del saber*. México: Siglo Veintiuno, 1999a.
- . *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets Editores, 1999b.
- . «De la arqueología a la dinástica.» Entrevista realizada por S. Hasumi, en *El viejo topo*, Barcelona, nº 128, abril, 1999c.
- . *Vigilar y castigar*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1986.
- . *La vida de los hombres infames*. Madrid: La Piqueta Ediciones, 1990.
- . *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa, 1998.
- . «La folie et la société.» Conférence à la faculté de arts libéraux de l'université de Tokyo, octubre, 1970, en *Dits et écrits*, III. Paris: Gallimar, 1994: 477-499.
- . «La scène de la philosophie.» Entretien avec M. Watanabe, 22 avril, 1978, *Sekai*, juillet, 1978, en *Dits et écrits*, III. Paris: Gallimar, 1994: 571-595.
- FRAGA FILHO, W. *Mendigos, moleques e vadios na Bahia do século XIX*. Salvador: Hucitec/Edufba, 1996.
- FRAILE, P. «Estado e individuo, delito y prevención.» En *Anuario de filosofía del Derecho*, VI, 1989.

- MACHADO, R. et alli. *A danação da norma. A medicina social e a constituição da psiquiatria no Brasil*. Rio de Janeiro: Graal, 1978.
- MACHADO, R. «Arqueología y epistemología.» BALBIER, E., DELEUZE, G., Dreyfus, L. y otros. En Michel Foucault, filósofo. Barcelona: Gedisa Editorial, 1995.
- MEDINA, C. *Notícia, um produto à venda. Jornalismo na sociedade urbana e industrial*. São Paulo: Editora Alfa-Omega, 1978.
- MILER, J. *La pasión de Michel Foucault*. Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1996.
- MORENO SARDÀ, A. *La mirada informativa*. Barcelona: Bosh, 1998.
- MOREY, M. *El orden de los acontecimientos. Sobre el saber narrativo*. Barcelona: Ediciones Península, 1988.
- PÉREZ LEDESMA, M. «Este artículo de lujo seriamente odioso.» En *Archipiélago*, Barcelona, 47/2001.
- PESAVENTO, S. *Os pobres da cidade*. Porto Alegre: Editora da Universidade, 1998.
- RÜDIGER, F. *Tendências do jornalismo*. Porto Alegre: UFRGS, 1993.
- SEVCENKO, N. *Literatura como missão: tensões sociais e criação cultural na Primeira República*. São Paulo: Brasiliense, 1983.
- STEVENSON, N. *Culturas mediáticas. Teoría social y comunicación masiva*. Buenos Aires: Amorrortu, 1998.
- VASQUEZ GARCIA, F. *Foucault y los historiadores*. Cádiz: Universidad de Cádiz, 1987.
- VEYNE, P. *Como se escreve a história*. Brasília: Editora UNB, 1995.

Formato de citación

Marocco, B. (2003). Foucault y el periodismo. *Athenea Digital*, 4, 160-172. Disponible en <http://antalya.uab.es/athenea/num4/marocco.pdf>